

Nacidos después de muertos

Begoña Quesada

Colección Surco n.º 8


Rasmia
EDICIONES


SURCO
COLECCIÓN

A Jesús, sine quo non.

A Susana y Benito, por sus valiosas aportaciones.
A Alfonso y Sofí, por acogerme entera y siempre. A
Myriam, maestra hermana. A Blanca, Mamen y Diria,
mis superlectoras. A Vivi, inspiradora y acompañante. A
Cornelia, por darme un espacio para trabajar. A Sarah,
brillante. A Antonio, protector de dragones. A Cassie
Gonzales, Catherine Pettersson y todos los amigos del
Festival de Escritores de Estocolmo. A Mariza, por el pan.
A David Fred y Emma, con admiración. A Úrsula, sin ella
muchas cosas permanecerían indescifrables. A Roberto,
que me dijo que podía. A Rosi, gran corazón.

A todos los estudiosos cuyo trabajo experto sobre
Nietzsche me permitió escribir este libro. Seguro que no
todos están en la bibliografía.

A Javier y Pedro por creer en mí.

A ti, que me tienes en tus manos.

Elisabeth terminó la trenza izquierda frente al espejo. Reconoció los ojos oblicuos, azules, pero le parecieron ajenos los párpados caídos, las manchas, la papada. Todo eso era de su madre.

Se empolvó.

Metió la cruz de hierro por el cuello abotonado y sintió el metal sobre la piel.

Si su hermano estuviera vivo, ¡estaría orgulloso!

Recuperó las gafas que había dejado sobre el *Münchner Neueste Nachrichten*, los ojos se ajustaron y la anciana ganó definición. Debía evitar sonreír, se veía el hueco dejado por la muela.

Comenzó a fijarse las trenzas tras la nuca. Buscó horquillas en el arca plateada del tocador. Hoy era un día importante, todo tenía que estar en su sitio y fijarse así en la pupila de él. Si finalmente venía. Ni un hilo, ni un mechón, ni una mancha, ni un libro, ni una piedra, ni un charco, ni una silla, ni una cortina, ni un coche, ni un saludo fuera de la línea. El debido orden. El orden merecido por el olimpo de Weimar, con su hermano en el frontispicio.

Vendría.

Buscó las obsidianas que le regaló su marido en Hamburgo, hacía ya cuarenta y siete años, en otro siglo.

Demasiado humildes. Tampoco quedaría bien el sello nuevo, la gran 'N', con la alianza de oro deformada por el tiempo.

Levantó la tapa interior de terciopelo. El sello cubría la deformación en el dedo causada por el anillo de matrimonio. Hacía tiempo que no se los ponía, pero los pendientes de lágrima de Tribschen, a juego con la gargantilla, también le parecieron correctos. Tardó en encajar el cierre.

Devolvió el joyero a su sitio y recolocó la foto de madre. La miraba severa. «¡Vanidosa!» Ladeó el portarretratos.

¡Si madre, o mejor, Cosima Wagner pudiera verla! Con los pendientes, el vestido de damasquina, un chófer a la puerta, una criada para recoger todo lo que había por el suelo, cambiarle el agua, las toallas, remendarle las servilletas, colocarle el sombrero. Ocuparse de marido, hijos y nietos, si los hubiera tenido. Con secretaria, para enviar sus telegramas o agendar sus entrevistas.

«¿Sabes que tu antigua niñera vive ahora una vida de lujo, con sirvientes y baúles de equipaje? Se dedica a propagar las ideas de su hermano, que solo son réplicas del genio de tu padre... Parece que se ha vuelto chiflada desde que comenzó toda esta burbuja de la fama de su hermano», le había escrito Cosima a su hija Daniela.

«Se cree que pertenece a este círculo, se cree una señora», había dicho en casa de Julia Mann, la mujer del senador. «Nadie puede saltar sobre su propia sombra. ¿Qué se habrá creído? El vestido no hace a la dama.»

Se pasó la mano por las condecoraciones, las propias y las de Friedrich, rectas en la pechera. «Tu hermano, querida amiga, ha demostrado no tener cordura y te

toca a ti reconducirlo y devolverlo a su sitio, mi dulce Elisabeth.» La carta estará abajo en el archivo, en la carpeta de la W. «Tu hermano es una sinrazón y lo lamento por ti», había escrito Cosima. Año 1888. ¡Si esa vieja apretada pudiera verla hoy!

Escupió un flemón rojo sobre el periódico. Seguía brotando sangre de la encía. Recordó haber escupido igual sobre la esquila de Cosima.

Pasó el índice por la fila de botones de la blusa. Todo en su sitio.

Se fijó la puntilla púrpura de los guantes entre los dedos y ciñó la mano en torno al águila de oro de la empuñadura. El bastón podía resbalarse y hacer ruido durante la actuación. Mejor sin bastón. Siempre tendría en quién apoyarse.

Le dolía la boca, pero esa tarde nada importaba. Nada dolería lo suficiente. Y la próxima vez probaría la anestesia y dejaría que le arrancasen los trozos restantes de muela. Apartó la bacinilla con el pie y pisó una cucaracha.

—Ingrid, el coche, que se acerque a la puerta. Ayúdeme con el abrigo... ¿Está bien la cola?

—Sí, señora.

—¿Y el sombrero? No, ladeado no. Recto.

—Sí, señora.

—No soy ninguna jovencita. Y esas modas vienen de fuera, de Francia, o lo que es peor, de Rusia. Nunca nada bueno desde Tolstói ha venido de Rusia... Ayúdeme con las escaleras... El té siempre preparado, no sabe una con quién volverá de la ópera.

—Sí, señora.

—En el salón azul, la porcelana de Baden-Baden... ¡Y

esta puerta cerrada! A ver si cree usted que se pone la calefacción para que usted esté caliente.

—Por supuesto que no, señora.

Elisabeth se ajustó las gafas. Sus ojos parecieron acercarse a los cristales.

—¡Ah! Y otra cucaracha más en mi cuarto y este mes no cena. No quiero parásitos.

Se sacudió del brazo de la criada y le dio un manotazo, empujándola un escalón más abajo. Ingrid se arrugó como un erizo.

Un Benz negro de cuatro puertas recorrió el semicírculo del jardín y se acercó a la escalinata.

—Más rápido, señor Wolf. No puedo esperar media hora a que usted me abra la puerta. Y cierre bien, la última vez entró agua y me mojé los libros. Hacia el ayuntamiento primero.

La calle Humboldt estaba vestida con flores blancas trenzadas sobre los balcones y los dinteles de las puertas. Tendría que agradecerse al alcalde. De muchas casas colgaba la bandera. Elisabeth intentó memorizar de las que no.

—Señor Wolf, gire hacia la plaza de Goethe y de ahí, al ayuntamiento y la calle del Mercado hacia el palacio. Quiero ver cómo está el centro.

Las banderas se sucedían y, a partir de la plaza, brillaba el alumbrado aunque todavía no eran las cinco.

Desde la calle del Mercado, había policías. No se dejaba cruzar a nadie a caballo. La gente paseaba y entablaba conversaciones en grupo, todos querían estar allí si ocurría.

El coche avanzó lento los últimos cien metros entre el pasillo de personas que se había formado. Muchos se

inclinaban para ver quién iba dentro y la mayoría lanzaba un saludo, a lo que Elisabeth respondía disciplinada. Los niños seguían el coche y algunos intentaban subirse al pescante.

Unos dedos pequeños y sucios se agarraron de repente a la ventanilla. Elisabeth les pegó un golpe con *Noventa y cinco tesis y sermones seleccionados* de Martín Lutero y una niña cayó rodando sobre la cuneta. El policía más cercano la levantó y la empujó lejos del coche, lanzándola otra vez contra el suelo. La madre, despeinada, con chaleco de lana y la falda descosida, apareció para recogerla y se escondió entre la gente.

Menos mal, todo en su sitio.

El teatro parecía una caja de música encendida.

—Mi Friedrich, si pudieses ver esto solo un instante. O el maestro, Dios los tenga en su gloria. Tengo que felicitar al alcalde, sin duda.

Las ventanas anaranjadas sacaban pecho sobre la plaza, con dalias y laureles a los pies de las esculturas de Goethe y Schelling y parches de nieve arrinconados. Un cuarteto de cuerda hacía vibrar el interior, convirtiendo al edificio barroco en un ser vivo. Elisabeth podía sentir la excitación. Se reajustó los guantes.

Estaban ya iluminadas la sala de espera y las entradas hacia los palcos, pero en el ambigú había solo caballeros. Bastantes periodistas, siempre apretando sus libretitas. Antes de que se parase el coche, situó a Max Oehler en el interior, copa en mano.

Un hombre con bombín y levita azul claro, con un león rampante en la solapa, le abrió la puerta del coche, le ofreció el brazo y la acompañó hasta la entrada principal. Otro bombín sostuvo la puerta para ella. Max y Ri-

chard cruzaron las baldosas blancas y negras del hall a grandes pasos, pero el alcalde estaba más cerca.

—Estimada señora doctora, querida Elisabeth. Bienvenida a la que es su casa.

—Señor alcalde.

Él besó el sello con la gran 'N'.

—Es una suerte poder estrenar una obra de Benito Mussolini. ¡Lástima que el mariscal haya declinado asistir! Aun así, con damas como usted, Weimar será esta noche un faro del arte y del conocimiento que caracterizan a nuestra gran nación, iluminando hasta Berlín y hasta París o hasta la misma Roma.

—No tenga usted duda, querido alcalde... El señor Mussolini es obviamente un hombre muy ocupado y tenía asuntos urgentes que atender en Italia. No se mueve una hoja en ese país sin que nuestro admirado mariscal la sienta caer en su jardín como propia. ¿Han llegado ya los invitados del palco central?

—Los caballeros están ya en su mayoría aquí. Las damas comienzan a llegar ahora.

—Subamos entonces a nuestro palco, señor alcalde. Desde allí se ve todo mejor.

Él abrió paso hacia la escalera. Richard y Max intentaron cruzarse con ella en los primeros peldaños, pero el vestido de cola de una anciana lo impidió.

—A mi mujer también le gusta ver la entrada de las damas con tranquilidad desde el palco. Los abrigos de París, los sombreros de Berlín, las estolas de San Petersburgo...

—Señor alcalde, yo quiero ver a los caballeros. Saber quién llega con quién y quién llega tarde. Las damas me importan un comino. Espero que no se le ocurra a ninguna traer un animal muerto al estreno de mi ópera.

Y menos de Rusia, de allí nunca salió nada bueno desde Tolstói. ¡Oh, por fin estáis aquí! Señor alcalde, imagino que conoce a mis colaboradores, Richard y Max Oehler.

Los tres hombres inclinaron la cabeza para saludarse. Otros dos que seguían al séquito con intención de hablar con Elisabeth, también.

—Señor Kögel, señor Kalman, síganme todos. Tendremos tiempo de despachar en el palco hasta que se llene el teatro.

Desde el patio de butacas subía un siseo creciente, a medida que más personas ocupaban sus asientos y los pesados vestidos de invierno se arrastraban por la alfombra del pasillo central. Las señoras se retocaban el pelo al desprenderse de sus adornos y, tras los saludos pertinentes, sintonizaban sus anteojos.

Elisabeth decidió esta vez ocupar la silla central del palco, a la luz de las lámparas. Colocó los guantes púrpuras sobre el pasamanos e indicó a Richard que se sentase a su izquierda, Max dos sillas más allá a la derecha.

—A este lado no quiero a nadie por ahora. ¿Algún telegrama?

—No, ninguno.

—¿Cuándo fue la última vez que lo comprobaste?

Richard contestó con el reloj de bolsillo en la mano. Faltaban quince minutos para que se alzara el telón.

—Cuando salí hacia el teatro, hará media hora. Pero he enviado al chico al despacho hace diez minutos, estará al llegar. Deberían darme aviso en la entrada.

—¿Han instalado ya teléfono en el teatro?

—Ayer. Yo mismo lo probé.

—Doctora Elisabeth. Hay alguien aquí que quiere saludarla.

El alcalde estaba parado junto a Kalman frente a la puerta inclinada y Elisabeth no podía ver de quién se trataba.

Richard la observó saludar y charlar con el recién llegado. Se mantenía tensa, con las manos apretadas la una sobre la otra como piezas capicúas. Quien quiera que fuese, la estaba molestando y no tenía posibilidad de entrar en el palco. Minutos más tarde regresó a su sitio apoyándose en el brazo del alcalde.

—Quiero que estemos preparados para cualquier eventualidad.

—Elisabeth, no quiero que te lleves una decepción. Es muy difícil. Ni siquiera el mariscal lo ha considerado. De veras que lo hemos intentado por todos los medios. Los dos embajadores, el suyo y el nuestro. El conde, incluso Eva von Büllow a través de los contactos de su marido.

Elisabeth se desprendió de los anteojos durante un segundo.

—Mucho cuidado con esa familia, Richard.

—Elisabeth, lo hemos hablado. No son esencialmente malvados. Y no dejan de ser los descendientes de Wagner.

Dejó los anteojos sobre el regazo.

—Querido Richard, cuántos años llevamos trabajando juntos... ¿Veinte? Treinta, más bien. Desde que volví del Paraguay. Y todavía no te has dado cuenta de que las cosas ocurren, no porque las personas sean esencialmente buenas o malas, sino porque son esencialmente personas.

—Doctora Elisabeth, tiene visita.

Se levantó y se giró lenta, apoyándose en el hombro de Richard.

—Cuidado con esa familia. Mientras trabajes para mí, mantenlos del otro lado de la valla.

—Doctora...

La luz que entraba del pasillo partía el palco en dos. En la oscuridad del otro lado, Richard intuía la mirada lenta de Max planeando sobre el patio de butacas. Estaban cansados. El trabajo para el estreno había sido hermético, sin espacio para la relajación, y su hermano tampoco era ya joven.

El patio estaba casi lleno.

Elisabeth regresó a su sitio y el palco recuperó su tono gris.

—Richard, acércate a la puerta por favor. Mira a ver si hay noticias.

—Pero me habrían mandado avisar. Solo quedan cinco minutos para el telón.

La mirada de Elisabeth fue suficiente.

Apenas quedaban sitios libres en las tribunas. El rojo de las butacas había ido desapareciendo bajo la lana, el algodón y las sedas. Las luces bajaron de intensidad. Elisabeth se abanicó sin calor. Sintió la cruz de hierro clavada contra el pecho izquierdo.

La puerta del palco se abrió. Richard negó con la cabeza e intentó recuperar su silla, pero Elisabeth le indicó la segunda fila, al lado de Kalman. El alcalde y Oswald Kögel también se quedaron atrás.

Las luces parpadearon y se apagaron. El murmullo se intensificó y después, se sumergió bajo una ola de carraspeos y siseos. La oscuridad se extendió un segundo. Dos segundos. Tres segundos. Cuatro. Cinco. Seis. Siete.

De repente, desde la entrada del teatro llegó un estruendo de tacones y un par de voces. A Elisabeth le pa-

reció entender algo, pero no estaba segura. Su corazón se aceleró y la cruz se le clavó aún más.

Las puertas centrales se abrieron como la boca de una ballena, una lengua de luz dominó el patio. Los soldados comenzaron a marchar por el pasillo hasta el escenario, manteniéndose de pie junto a las butacas. Las luces se encendieron.

Elisabeth se asomó para ver mejor. Eran tropas de las SS, el cuerpo de élite, con sus nuevos uniformes negros y triangulares, sus barras plateadas, la pequeña calavera brillante en la cintura. Le parecieron impresionantes, había leído sobre su diseño en el periódico.

Se inclinó hacia él y susurró sin mirarle.

—Richard, averigua quién es el diseñador de estos uniformes, salió en el periódico cuando nos visitó el escultor francés, Rodin. Podría sernos útil, piensa.

Durante unos segundos, un hombre vestido de frac se asomó a la boca de la ballena. Elisabeth dudó, pero no, no era él. Era el ministro Rosenberg. Con ese ya contaba.

Tenía miedo de que Rosenberg se sentase, las SS abandonasen el pasillo y las puertas se cerrasen.

Uno de sus guantes se deslizó desde la barandilla hacia el patio de butacas. Nadie dijo nada. Menos mal que no había traído el bastón.

El alcalde y otros se levantaron, pero Elisabeth ignoró el ruido de las sillas detrás de ella.

—Doctora Elisabeth...

—Shhh... ahora no, alcalde. ¿No ve que está a punto de empezar? El ministro Rosenberg está en la sala, además.

—Hay alguien que quiere saludarla, doctora.

—¡He dicho que ahora no!

El alcalde abrió completamente la puerta del palco. Una luz amarilla y sólida invadió el espacio, como un globo inflado dentro de una caja, y durante unos instantes nadie encontró el ánimo para moverse.

Su figura, recta y familiar, se desprendió de la luminosidad y avanzó como un iceberg dentro del palco. Elisabeth sintió primero el vértigo de un columpio demasiado alto, la caída predecible y sorprendente y, por fin, la mirada, el calor, casi el cuerpo del alma del gran líder.

—Doctora...

—Por favor, alcalde. En toda Alemania, y pronto en toda Europa, en todo el mundo, no será necesaria una presentación de este gran hombre. Es para mí, créame, mi líder, un gran honor.

El teatro se iluminó de nuevo y Elisabeth sintió el hilo de todas las miradas.

—Señora. No quería dejar la ciudad de Weimar sin felicitarla personalmente. Soy un gran admirador de su hermano. El gran pueblo de Alemania le estará siempre agradecido.

A Elisabeth le ardían las mejillas. Se agarró al respaldo de la silla. Bajó la cabeza en reverencia, apretó los labios y se pasó la lengua por el hueco de la muela.

—Si mi hermano levantara la cabeza, mi líder... Si mi hermano levantara la cabeza... Sentiría que la misión de su vida se ha cumplido y que por fin puede descansar en paz.

Elisabeth recordó cómo había vivido esta escena en sus sueños.

Volvió a buscar los ojos oscuros, firmes, masculinos. Su boca pequeña, como una línea subrayando el final de

su cara. Agradeció no tener los guantes puestos para así tocar su piel.

Él le besó la mano, donde dejó un olor a jabón y aceite de afeitar. Se dio la vuelta, pero volvió a girarse hacia ella. Se peinó a la derecha antes de hablar.

—La última versión de *La Voluntad de Poder*, las ideas sobre la raza, el significado alemán de cultura... Grandioso. Adelante. Su hermano será considerado un profeta del nacionalsocialismo y de un mundo mejor.

Volvió a pretender una reverencia, luego levantó la derecha débilmente, se giró chocando los tacones y uno de sus acompañantes cerró la puerta del palco tras de sí.

Todos tardaron varios segundos en recuperar sus asientos, aún sin decir palabra.

La primera fila del patio de butacas había sido desalojada y reocupada por un grupo de uniformados y su líder, que recorrió rápido y saludando de forma incómoda el pasillo.

Las luces se apagaron por fin y las SS abandonaron el salón. La gente volvía a respirar y susurrar.

—Es más bajo, Hitler, de lo que creía.

—Sí lo es, Richard. Sí lo es.

El telón se levantó por fin.

¿Qué pasó después?

Míralo aquí.